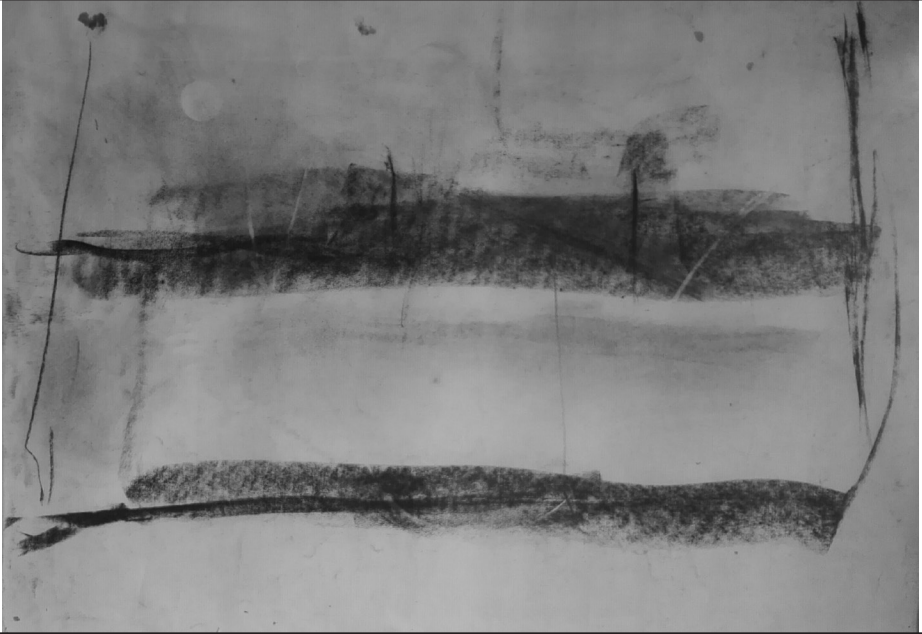


EL DIOS DE LA BRISA

Lorenzo Ariza

UNO



1

Amo la concupiscencia, mas no la concupiscencia con los hombres. Amo la concupiscencia con los perros.

Alguien, una vez a la semana, llega hasta aquí y me proporciona el alimento. Lo deja abajo, en el linde del monte, en donde comienzan los cultivos. Alguien parece no saber cuál es mi parte todavía homínida. Tampoco yo lo sé, a estas alturas.

La construcción se levanta sobre una loma, en medio del secarral devastado por un cierzo sanguinario. Vivo en un granero dieciochesco, de piedra y tres plantas, orientado a poniente, rodeado de perros. Por eso Alguien no osa cruzar el linde. Los perros no suelen llegar hasta allí, y aunque bien enseñados (él lo sabe), Alguien no intenta acercarse. Lo cierto es que, además, se lo tengo prohibido. Me comunica por el móvil cuál es y dónde ha depositado su ofrenda si es que, a causa de los días de riego, se ha visto obligado a cambiar de lugar. Últimamente tengo la sensación de que Alguien me toma el pelo: cada vez más, mi propia comida se parece a comida para perros.

Alguien narró la historia del «Granero del Conde»: según hizo saber, las dos naves del granero, superior e inferior, hoy habilitadas con habitaciones y cuartos de servicio, servían hace siglos de despensa para la cosecha del año. El grano se pesaba a través de la trampilla que hoy se abre en el pasillo de la primera planta («un muy poco ponderado testimonio de tiempos mucho más ingratos», dijo) y que comunica con la planta baja, de manera que los campesinos acudían los días señalados a llevar su tributo al Conde, cuyas tierras trabajaban, debiendo hacerlo en una cuantía proporcional a la producción.

—La historia dice, Jesús, que algunos de los asalariados se servían del engaño para incrementar el peso de los sacos, bien añadiendo grano sobrante y rancio, bien mezclando el género con gravilla. Ha de saber que los defraudadores descubiertos eran ejecutados sin piedad, y que se les hacía colgar de la misma polea utilizada para el peso de los fardeles.

»Sé que es usted, Jesús, persona práctica y reservada, que no se anda con simplezas, y por eso le diré, sin temor a incomodarlo, que la gente aquí dice seguir viendo a los ahorcados, que éstos deambulan alrededor de la casa, que bajan hasta la carretera o que aparecen asomados a las ventanas.

No sé a qué se refiere cuando dice «aquí»: si a la población en cuya agencia contraté el alquiler, demasiado distante de este lugar, o a algún otro emplazamiento en donde reside, asunto que desconozco, de la misma forma que ignoro todo aquello que le concierne. Y así mismo quise hacerle constar ante el gesto bobo de la encargada, alegando durante la firma del contrato que no quería ser molestado, ni solicitado, ni informado sobre ningún asunto relacionado con el granero.

A este respecto, Alguien, mi intermediario, se ocuparía de todo.

2

He llamado Endenich al granero. Ése era el nombre de la población que albergaba el sanatorio mental donde, tras arrojarse a las aguas del Rin, quiso ser internado el músico Schumann. Allí murió, dos años después. He viajado a aquel lugar a través de Google Maps. Hoy en día es una casa de muertos (alberga una biblioteca y un museo en

donde puede visitarse su habitación) con un grotesco busto conmemorativo que guarda la entrada.

No fue, por cierto, el único músico (pero sí el más limítrofe) que ha acabado transfigurado entre las paredes de su propia tumba.

Endenich, envuelto en sonrosados vapores venenosos, la boca del infierno, el prodigioso escenario de las transformaciones.

No lejos de donde vivo, a unos doscientos metros, mi único vecino me observa con sus anteojos refractantes. En este momento lo está haciendo. Él es, que yo sepa, toda la «gente» que aquí habita. Supongo que me mintió sobre su nombre: Jan. Puede que también me mintiera sobre su profesión: músico. He llegado a sospechar que su cojera fuera fingida. Desde un principio distinguí en él una debilidad y afectación que actuaban como un escudo. Hay gente así: basta que aparezcan para que todo alrededor caiga en una especie de depresión.

En nuestra primera entrevista quise probarlo. Le dije que una letra se había descolgado de su nombre, y que al igual que la «e» suprimida entre la «m» y la «a» en la palabra «mar», la suya también había huido para entrometerse en otro nombre mucho más eximio.

—¿Qué quiere decir?

—Siendo que usted se dedica a la música, me ha venido a la cabeza el nombre de Jean, con la «e», del inolvidable músico finlandés.

Me miró perplejo.

—Me refiero a Jean Sibelius, claro.

No dijo nada. De repente sonrió y alzó el mentón, en donde lucía una perilla escarchada.

—¡Claro! ¡Por supuesto: Jean Sibelius! —profirió alzando a la vez el dedo índice.

Con el tiempo creí que Jan representaba un papel, enviado por algún conocido de mi mundo anterior, algún desbravado de entre los muchos con los que trabajé o con los que compartí cacerías y ocio.

Qué razón ha podido traerlo aquí, y por qué motivo ha hecho de mi observación su pasatiempo (si no es el de incluirme en su mismo proceso, estudiarme, aprender y actuar en consecuencia), es algo que hoy en día me tiene sin cuidado.

Al final, cuando, sin decírnoslo, hemos decidido dejar de vernos, he instaurado con él una profecía: un día, en caso de necesidad, uno de los dos acabará matando al otro. He analizado sus movimientos de cojo, sin averiguar aún qué naturaleza esconde (él, su cojera). Su mutación es incógnita, ignota, puede ser, hasta para él mismo.

Mientras tanto, en el lomo de uno de mis perros está naciendo una cabeza de hombre. Lo he llamado Satán. Sabía que ocurriría.

Sospechaba que los hombres, fisgones y entrometidos por naturaleza, se acercarían un día hasta aquí, pero nunca hubiera podido imaginar que nacerían de los perros.

3

Una vez a la semana me enfundo la guerrera, entro en el vehículo, y me dirijo al club de carretera «Diana». En la luz azul, sumisa del atardecer, en la oscuridad radiante de la sala, encuentro una adecuada escenografía en la que ambientar mi imagen. Observo mi lividez en los espejos que hay detrás de la barra (en el granero no hay espejos) y compruebo, semana a semana, el advenimiento cruel de mi

nueva naturaleza. Pienso si no habré equivocado la especie, y no tuvieran que ser perros, sino toros o caballos o gansos o culebras los que saciaran mi apetencia. Tal vez culebras no: si es que de verdad existe la conjunción de especies, las culebras no deben de ser anejas a lo humano (esto es una estupidez: sé que lo son). En realidad, creo que vengo al club para averiguarlo.

Ante la mirada atenta del barman, la veo pulular de aquí para allá, a lo largo de la barra, simulando no verme, suministrando a cada uno de los parroquianos su viático. Se abraza y habla con unos y otros afectando una vulgaridad que me cautiva, y mientras ellos se encaraman para sorber algo de su fragancia, ella se desprende ágilmente y retoma la majestad que sólo a mí me pertenece. Negándose a permanecer en ningún punto, se aproxima poco a poco. Por fin se da la vuelta y me observa fingiendo no reconocermme.

Me pregunto si el barman sospecha algo (ambos deben de llevar aquí cien años). Si el hecho de verme en mi rincón recostado cada semana, bebiendo y observándola con simulada apatía, no traicionará mi propósito. Si se ha fijado bien me habrá visto mudar de aspecto. Pero nada delata sus pensamientos. Hay clientes que le hablan abatiéndose sobre la barra, pero él permanece imperturbable, celebrando con un breve cabeceo aquello que le participan. Nadie parece haberlo notado, pero desde el primer día que llegué al Club Diana y demandé mi bebida, vi en sus ojos el destello de un ajusticiamiento.

Ella se acerca como siempre, incapaz de recordar mi nombre. Jesús. Se lo he dicho una docena de veces. Aunque también invento otros: Messiaen, Talismán, Rostropovich, Kaláshnikov, Sibelius.

Puede que su trastorno le impida asociarme a ese nombre, Jesús. Puede que sus soflamas religiosas no acepten ese nombre, y trate de manera absurda de convencerme de su inviabilidad. Vuelve a preguntármelo:

—Jesús —respondo.

—Ese nombre no te pega —me dice mientras carcajea como una estúpida.

—¿De dónde eres? —vuelve a preguntarme.

Le digo que ando de paso, que soy transportista y vengo de Karelia. Afecto acentos de mi invención. He llamado trastorno a su olvido, pero puede que no sea tal, sino una manera inteligente de mostrar su desprecio. Admito que eso anima en mí una perversión inaudita: alguien que me olvida una y otra vez se acerca a buscarme, una y otra vez, para que yo la viole, para que yo la estrangule. O puede que yo no sea exactamente el mismo que la visitó la semana pasada: que mi aspecto no sea el mismo, y que ella de veras no me reconozca. No le pregunto el nombre. Pero ella me lo dice: Marcia. Ahora me mira juzgando si le parezco fiable. Subimos a la habitación y me dispongo a desnudarme. Reacio a contemplar mi propia imagen, no tengo idea de si ha podido surgir algo en ella que delate alguna atroz impostura. No grita cuando me observa: al parecer todavía no osa desmentir mi naturaleza humana.

4

Vuelvo al granero silbando una canción de Schumann. Cuento las veces en las que Venus me sale al paso tras los cabezos, musitando «Mar-cia», sin que una sola letra se descuelgue, estremecido por su entrega, alegre porque

cada encuentro y cada despedida son siempre nuevos, como la flor de abril, con la esperanza de que el ritual haya surgido efecto y de que, finalmente, haya comenzado en ella el proceso de su metamorfosis.

Jugando con su nombre descubro que si del luminoso conjunto cayese la «i», surgiría el término mágico «Marca», *señal dibujada, pegada, hecha a fuego, etc, en una cosa, un animal, o una persona...* intercambiables unos con otros.

Satán me espera de vuelta, en el linde. Que los otros perros permanezcan al pie de la guarida es prueba de que es él, y no la flaqueza de ánimo de la que últimamente alardean, quien les impide aventurarse más allá de la casa. Torpes, sin un resto del antiguo entusiasmo, cada día más ajenos a nuestra común empresa, tengo la sensación de que la jauría ha instaurado en nuestro santuario un asilo de apestados. Languidecen como ascuas. Sus sombras se alargan por las paredes, sonámbulas, y entre ellas, mientras fumo a lo lejos con tal de no tener que soportar esa indolencia de espectros atravesando el umbral, me ha parecido ver cadáveres de ahorcados.

Qué despropósito.

No así Satán. Es un mastín cabezón, de lomo corto y pellejudo, con algún gen de napolitano. Cuando me barrunta salta del terraplén en donde se encarama aguardando mi vuelta. Su silueta resplandece a lo lejos, salpicada por el manto de estrellas, dibujando una constelación-perro. Viéndome llegar se lanza en tromba al camino, y cuando arriba a su altura comienza a relamerse como si fuera por casualidad que se encuentra allí, apartado de los suyos, lejos de un más que probable contagio, temeroso de contraer la misma luciferina apatía que ha de acabar por matarlos. Después, pasados unos segundos, persigue al vehículo y lo

observo por el espejo retrovisor, envuelto en la nube de polvo que desprende el caucho. Cruzo delante del cobertizo y detengo el coche en un descampado al borde del camino, al pie de la loma del granero. Al bajar me mira como a una puta. No salta sobre mis piernas para celebrar mi vuelta. Se mantiene ahí delante, observándome, sonriéndome como he visto que suelen hacer los parroquianos en el club. Conozco los gestos de los perros, su carácter, la hipocresía de aquello que nuestro entendimiento llama sumisión. Distingo en él la sonrisa del cliente avaro y desabrido.

No sabría decir si me consuela o me aterra, pero esta noche es él quien quiere yacer conmigo.

5

Las noches van alargándose como sombras de gigantes. El sol se hunde tras los cabezos. Un último resplandor prende el límite entre las dos partes, preludio del fin. Cada noche desde hace tiempo se repite este Apocalipsis que no sé a dónde conduce.

Mi memoria parece agotarse. Ese fragor de olvido, esa instantánea capacidad de cambio es lo que añoro.

En noches como ésta el cielo semeja otro monte o un monte-espejo en el que los puntos de luz son reflejos de una textura oculta bajo su superficie. Bajo la costra caliza se ocultan monedas, cuchillos, elementos votivos, cabezas como nueces, cuerpos, infinitos sepulcros que relumbran allá arriba. Una turbulencia los remolina, y giran en un azul hervido de ropajes y pieles.

6

¿Por qué vine aquí? ¿Por qué este lugar y no otro?
No tengo duda: fue por ella.

Cada día estoy más convencido de que ambos ya habíamos estado aquí. Que todo es una rememoración de aquellos tiempos en los que por este lugar vagamos juntos con formas semejantes a las de ahora. No es la primera vez, estoy seguro, que paseo a solas internándome en el monte; que cuento a los perros cada mañana, aún sin distinguirlos, mientras se escurren en la niebla como delfines; que entro en la casa de noche acompañado de uno de ellos, flanqueados por los demás en silencio, cumpliéndose así el esplendoroso ceremonial con el boato que éste exige; que al amanecer me asomo a la ventana de mi regia cámara para atisbar el cobertizo, y descubrir que el insomne Jan contempla a primera hora el horizonte con una bonachonería de enfermo, como si de allí hubiera de llegar su salvador. Ni mil salvadores lo librarían de ese gesto de ardilla esquilmada.

7

Tuve una hija. Se llamaba Élide. Élide sabía desde siempre que yo velaría por el éxito de su carrera. Un ascenso sin tregua hasta las cuotas más altas de la danza. Una tenebrosa música de ballet con la que ella vibraba.

Ahora veo su fantasma mientras ceno, de noche, de pie, en el pasillo, a través de la puerta entornada de la cocina, mirándome. Señalo hacia la ventana y digo:

—Élide, sal de aquí; vete mientras estés a tiempo. Y ten cuidado con los perros.

Obediente baja la cabeza y se dirige afuera.